



EL DIVINO SALVADOR.

PADRE..... *Yo te he glorificado sobre la tierra: he acabado la obra, que me diste á hacer.*

HISTORIA DEL DOMINGO.

El Domingo es el primer día de la semana, al cual los griegos y romanos llamaban *dia del sol*, y los cristianos siempre le han llamado por excelencia *el dia del Señor*, por haber sido el día en que tuvo su último complemento el gran misterio de nuestra redención por la triunfante resurrección del Salvador, por cuya causa viene á ser cada Domingo octava continuada de la Resurrección del Señor. Como este gran misterio es el fundamento más sólido de nuestra fe y de nuestra esperanza; y la base, por decirlo así, de toda nuestra religión, ha querido Dios que cada ocho días se renueve en nosotros su memoria.

San Juan notó que era el día 8 después de Pascua, cuando, estando congregados todos los apóstoles, se les apareció el Salvador, y convenció al Apóstol incrédulo de la verdad de su Resurrección, mostrándole sus llagas. Sin duda que el Hijo de Dios quiso con su ejemplo enseñar á sus apóstoles, que el primer día de la semana debía ser entre los cristianos un día solemne dedicado al culto divino; cuya prevención no se duda que la hizo el Señor de palabra á sus discípulos en el tiempo en que después de su Resurrección apareció repetidas veces á sus apóstoles instruyéndolos y formando su Iglesia con sus divinas disposiciones. Era sin duda una de las más importantes la declaración de que el Domingo debía suceder á la solemnidad del Sábado, como la ley nueva sucedía á la antigua; y asimismo que estando abolidas las ceremonias legales, iba á renovar todas las cosas en el nuevo sistema de religión; y que como el día séptimo de la semana había sido hasta entónces festivo para los judíos, en memoria de haber descansado Dios el día séptimo de la obra de la creación, así quería que en adelante el primer día de la semana fuese religiosamente santificado por los cristianos en memoria de haber descansado

sado, por decirlo así, nuestro Salvador en este día de la grande obra de la redención de todos los hombres.

No se puede dejar de convenir en que el nombre de *Domingo*, ó *dia dominical*, ó *dia del Señor*, es casi tan antiguo como la misma Iglesia; pues de él se hace mención en el Apocalipsis, como de un día ya muy conocido entre los fieles por este nombre. En Domingo, dice San Juan, me reveló el Señor los misterios mas reconditos. Y San Pablo, pasando por Troas en Frigia, para ir á Jerusalem, asistió el Domingo á la asamblea ó junta de los fieles, en la que predicó, oró, ofreció el divino sacrificio, y dió á todos la comunión; siendo de notar que el juntarse los fieles en el primer día de la semana en un sitio adornado ó iluminado de muchas lámparas, para asistir á los divinos misterios, para comulgar y oír la divina palabra, da á entender bastantemente cuales eran ya entónces los piadosos ejercicios con que los primeros cristianos celebraban el santo día del Domingo; de cuya solemnidad y de los ejercicios piadosos con que la santificaban los fieles, son testigos San Justino y San Ignacio mártires, San Dionisio de Corinto, San Clemente Alejandrino, Tertuliano, San Cipriano y los demas Santos Padres de la primitiva Iglesia, de cuyos escritos aparece con la mayor claridad y evidencia la legitimidad de esta tradicion apostólica.

La santificación del Domingo era observada tan religiosamente por los primitivos fieles, que era como el carácter y divisa que los daba á conocer á los paganos, y siempre ha sido mirada en la Iglesia como una de las obligaciones mas esenciales que prescribe la religion, y como una ley sagrada y respetable. Dios, como Supremo Señor, podia mandar que todos los dias de la semana se consagraran únicamente al culto divino; pero no habiéndose reservado mas que uno, quiere que todo este dia se dedique á su servicio. No solamente está prohibido en él, bajo de pecado, toda obra servil, sino que quiere el Señor á mas de esto que todo el dia sea santificado con ejercicios de religion y prácticas de buenas obras. La obligacion de no trabajar el Domingo es tan antigua, como la subrogacion de su fiesta á la del sábado; y por muchos años se observó la santificación del Domingo desde las vísperas del Sábado: desde ellas se daba de mano á todo juicio forense y cesaban todas las obras serviles, de modo que al último toque de vísperas se veian cerrados todos los talleres y tiendas. Comenzando por las vísperas el oficio del Domingo, continuaba con el de la noche, la que pasa-

ban los fieles casi toda en la Iglesia. De este modo se satisfacía á la santificación del Domingo, hasta que cesando de velar por la noche, y prohibiendo la Iglesia por justas razones las juntas nocturnas, trasladó la festividad del Domingo á solo el día civil, que dura de una media noche á otra; conservando siempre el antiguo uso en el oficio divino, que siempre empieza por las primeras vísperas, que son la parte mas solemne del oficio, y acaba en las vísperas y completas del día siguiente.

Pero la Iglesia no se contenta con que celebremos el Domingo prohibiendo toda obra servil: quiere ademas que santifiquemos este dia con los ejercicios de religion, y con la práctica de todas las virtudes cristianas. La observancia de la ley no se encierra solo en oír misa. Antiguamente pocos fieles habia que no comulgasen en este dia sagrado, y ninguno se dispensaba de oír la palabra de Dios. La oracion, la leccion de libros devotos, la meditacion, las buenas obras, son las ocupaciones que mas convienen al Domingo. Asimismo, para darnos la Iglesia á conocer la solemnidad de este dia, y distinguirlo de todos los demas del año, ha dispuesto que no se ayune en él, y se suspenden los otros ejercicios exteriores de penitencia. En fin, como el Domingo es la memoria y la octava continuada del dia de la Resurreccion, la Iglesia quiere que ninguna cosa turbe la alegría que en él debe causarnos la memoria de aquel misterio. La costumbre de orar en pié todo el tiempo pascual es misteriosa: por esta postura quiere darnos á entender la Iglesia, que habiendo resucitado con Jesucristo, nada tenemos que ver con la tierra. Obsérvase tambien esta costumbre el dia Domingo, particularmente cuando se rezan las Ave Marias del alba, medio dia y anochecer, y la Antífona de la Santísima Virgen que se dice despues de completas.

¡Qué fondo de reflexiones nos presenta todo lo que hemos dicho de la institucion, solemnidad y santidad del Domingo! ¡Pero se celebra el dia de hoy con el mismo espíritu de religion, con los mismos sentimientos de piedad, con la misma veneracion que en los principios de la Iglesia! ¡Ah, qué pocos dias se profanan mas! Parece que es el dia del hombre y no el del Señor; pues en él la desatención, el juego, las diversiones, y aun lo disolución, son el empleo de los que se llaman cristianos. Con razon el Señor nos castiga con tantos y tan acerbos males como nos rodean, pudiéndose decir que la profanacion del santo dia del Domingo es el origen de todas estas desdichas.

Aunque todos los domingos del año sean solemnes, sin embargo, la Iglesia los distingue en dos clases: á unos llama de primera clase, cuya celebridad y oficio nunca se omiten: tales son el primer Domingo de Adviento, el primero de Cuaresma, el de Pasión, el de Ramos, el de Pascua, el de *Cuasimodo*, el de Pentecostes ó Pascua de Espíritu Santo, y el de la Santísima Trinidad. Otros Domingos se llaman de segunda clase, los cuales no ceden su oficio y solemnidad sino á la fiesta del titular ó del patrono de una iglesia, ó á la de su dedicación: tales son el segundo, tercero y cuarto Domingos de Adviento, los de Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima, los cuales todos son Domingos privilegiados. Todos los demas Domingos son de una solemnidad regular y ordinaria.

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO.

El primer Domingo de Adviento es el primer día del año eclesiástico, y el principio de aquel tiempo privilegiado, que precede á la fiesta de la Natividad del Señor; el que, segun la intencion de la Iglesia, no es otra cosa que una preparacion para esta gran festividad. Algunos han creido que el Adviento era de institucion apostólica: lo cierto es, que no es ménos antiguo en la Iglesia que la fiesta de Navidad. Desde que se empezó á celebrar el día del nacimiento del Salvador, comenzó la observancia del Adviento, exhortando la Iglesia á los fieles á que se preparen con el ayuno, la oracion, y otros ejercicios de devocion y penitencia, para celebrar con fruto el advenimiento ó venida de Jesucristo, que es lo que significa la palabra Adviento.

No hay pues, prácticas de penitencia y de devocion que no convengan á este santo tiempo. San Perpetuo, obispo de Tours, que vivia á mitad del siglo V, mandó que se ayunara á lo ménos tres dias á la semana, durante el Adviento, que era entónces de seis semanas como la cuaresma; y el primer concilio de Mascon del año de 581 ordenó lo mismo, y añadió que se celebrara la misa y el oficio divino, segun el órden y la regla que se observa en cuaresma. Este cánón prueba bastantemente que así como la cuaresma fué instituida en la Iglesia para servir de preparacion á la solemnidad de la pascua, así el adviento se estableció para disponernos á celebrar la fiesta de Navidad. Los ayunos de adviento correspondian tambien á los de cuaresma en las Iglesias en que se ayunaba todos los dias desde el siguiente á la fiesta de S. Martin. En otras comenzaba el adviento en Setiembre; pero como solo se ayunaba tres dias á la semana, no llegaban á cuarenta los dias de ayuno que habia hasta Navidad. De todo esto se infiere, que el adviento no constaba en todas partes de igual número de dias; que era mas largo ó mas corto, mas seguido ó mas interrumpido en unos tiempos y lugares que en otros. La práctica de observar el adviento de cuarenta dias subsistia aun en el siglo XIII: despues la Iglesia lo redujo á cuatro semanas, que

son las precedentes inmediatamente á la Natividad del Señor, y en ellas el ayuno y la abstinencia son de regla en muchos órdenes religiosos. Hoy en nuestra Iglesia mexicana son de ayuno el viernes y sábado de cada semana de adviento, en lugar de los que se observaban en las vigiliás de los santos apóstoles que fueron dispensadas.

En todos tiempos han estado los fieles en que el adviento era un tiempo de penitencia, oracion y retiro, los obispos de Francia representaron al rey Carlos el Calvo en el año de 846 que no era decente á los obispos vivir en la corte en el santo tiempo de adviento, suplicándole les permitiera retirarse á sus obispanos para instruir á los pueblos y disponerlos para la fiesta de Natividad. Ni es otro el fin de la Santa Madre Iglesia que el prepararnos debidamente, ya á celebrar la primera venida del Hijo de Dios en calidad de Redentor, ya á esperar en espíritu de penitencia y humillacion su segunda venida en calidad de Juez; persuadiéndose sin duda á que si nosotros sabemos aprovecharnos de lo primero, no podrá dejar de sernos favorable lo segundo.

El Introito de la misa de este primer Domingo es el siguiente: "A tí, Señor, levanté mi alma: Dios mio, en tí confío, no sea yo avergonzado: ni hagan bafa de mí mis enemigos; porque todos los que te esperan no serán confundidos." Los que oran y confían en el Señor esperan justamente ser sostenidos en su gracia para no ser el juguete de las pasiones ni la presa del demonio y del mundo, enemigos del hombre, ya que el Señor en su primera venida venció al príncipe de las tinieblas, nos mereció la gracia y nos dió armas y su asistencia soberana para librarnos de la astucia infernal de aquella bestia, á fin de que en inocencia y santificacion podamos esperar á salvo y para nuestra felicidad su segunda venida. La Epístola es de la carta de San Pablo á los romanos, en que los exhorta á que despierten del sueño, porque la salvacion está próxima: que ha pasado la noche de la culpa y llegado el día de la salud: que desechemos por tanto las obras de tinieblas y vistamos las armas de la luz, andando honestamente y no en embriagueses, torpezas y vanidades; sino vistiéndonos de Jesucristo por el ejercicio de las virtudes. La Iglesia oportunamente usa de esta Epístola al celebrar el tiempo en que, terminadas las sombras y figuras de la antigua ley, llegó la realidad, apareciendo Cristo en la tierra para iluminarla con la luz de la verdad y abrasarla en el fuego de la caridad. El Evangelio es del capítulo XXI de San Lúcas, en que se indican las señales que

precederán al juicio final, y se notarán en el sol, la luna y las estrellas, y la consternacion en que caerán los hombres con los bramidos del mar y de sus olas; finalmente la venida del Juez soberano Jesucristo sobre una nube con grande poder y magestad á juzgar á todos los hombres. El Salvador nos exhorta, con la comparacion de la higuera y de los demas árboles que, cuando ya empiezan á brotar el fruto, nos dan á conocer que ya está cerca el verano, á que vivamos atentos y vigilantes observando las señales indicadas para conocer la cercanía del reino de Dios: concluyendo con advertirnos que el cumplimiento de su prediccion no tardará, y que aunque pasen el cielo y la tierra, su palabra no faltará jamas.

La Epístola es del capítulo XIII del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: Sabed que el tiempo insta, y que ya es hora de despertarnos de nuestro letargo: pues estamos mas cerca de nuestra salud que cuando recibimos la fé. La noche está ya muy avanzada, y va á llegar el día. Dejemos pues las obras de las tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz. Andemos con decencia, como se suele andar durante el día: no en comilonas y borracheras, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas y envidias; mas revestios de nuestro Señor Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XXI de San Lúcas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Veránse fenómenos prodigiosos en el sol, la luna y las estrellas; y en la tierra estarán consternadas y alóntinas las gentes por el estruendo del mar y de las olas; secándose los hombres de temor y de sobresalto por las cosas que han de sobrevenir á todo el universo: porque las virtudes de los cielos ó *esferas celestiales* estarán bamboleando. Y entónces será cuando verán al Hijo del Hombre venir sobre una nube con grande poder y magestad. Como quiera, vosotros, *fieles discípulos míos*, al ver que comienzan á suceder estas cosas, abrid los ojos y alzad la cabeza, *estad de buen ánimo*, porque vuestra redencion se acerca. Y propúsoles esta comparacion: Reparad en la higuera y en los demas árboles: cuando ya empieza á brotar de sí el fruto, conocéis que está cerca el verano. Así tambien vosotros, en viendo la ejecucion de estas cosas, entended que el reino de Dios está cerca. Os empeño mi palabra, que no se acabará esta generacion hasta que todo lo

dicho se cumpla. El cielo y la tierra se mudarán; pero mis palabras no faltarán.

MEDITACION.

Sobre el juicio final.

Considera que hay un ojo que todo lo ve, que hay un oído que lo oye todo, y una mano que todo lo está escribiendo. El ojo que todo lo ve no se descubre; la oreja que todo lo oye, no es conocida; y la mano que escribe todas las cosas no se deja ver. Yo no veo, y á mí me ven; yo no oigo, y á mí me oyen; yo no conozco, y á mí me conocen. ¡Oh Dios, y qué terror! ¡Ah, qué extravagantes pensamientos veis en mi corazón! ¡Qué perversas palabras oís que salen de mi boca! ¡Qué pecados tan abominables escribis vos en la historia de mi vida! Nada se pierde, nada queda sepultado en el olvido. Todo pasa del tiempo á la eternidad. Volverá lo que ha pasado, y comparecerá de nuevo lo que se creía perdido; lo que ahora se halla envuelto en las tinieblas, se presentará despues á la vista de todo el mundo. Morirá en día el pecador, pero no morirá jamas su pecado, el cual durará tanto como Dios. Lo que sucede en el tiempo no pasa con el tiempo. Un pecado pronto se comete; mas si no le borra y cancela la penitencia, no podrá destruirle toda una eternidad.

Considera que en la tela del juicio de Dios nada se omitirá, ni habrá dispensa en cosa alguna. Se examinará todo sin excepcion; se juzgará todo sin excepcion de personas; se condenará todo sin misericordia, quedando todo castigado sin remision ni piedad. ¡Miserable de mí, cuando abriéndose el libro de mi conciencia vean todos los hombres la historia detestable de mi vida! Cuando mi Juez me cite á su tribunal y diga á todas las criaturas: Aquí está el hombre y lo que ha hecho. Este es el bien que yo le he dispensado: esto es el mal con que él me ha correspondido. Entónces ¡ah! entónces se dará cuenta del bien que se ha recibido de Dios; del bien que se ha hecho mal, ó que se ha dejado de hacer: del mal que se ha cometido; del mal que se ha hecho cometer; del mal que se ha aprobado ó que no se ha denunciado ni impedido; del mal de que uno ha sido cómplice, ó al cual ha dado ocasion y causa con su consejo, consentimiento ó mandato, ó por medio de la seducción ó la lisonja, ó por el del mal ejemplo y del escándalo. ¡Oh, que serás condenado tantas veces cuantas serán las almas que hubierés inducido á su condenacion.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Escríta está mi sentencia sobre mi lengua; por mis palabras será juzgado y condenado. Acusarme pues ahora para que me excuse entónces; condenarme ahora á mí mismo, para que en el día de las venganzas logre mi absolucion; perdonaré á mi prójimo para ser perdonado; y seré misericordioso con los otros para que se use conmigo de misericordia. ¡Oh Dios! dale valor á mis propósitos, y ya que entónces has de ejercer un juicio inexorable, despliega ahora conmigo tu benignísima misericordia.

JACULATORIA.

Si nos juzgásemos ahora, no seríamos juzgados.

LECCION.

Sobre el propio conocimiento.

Comparecerémos algun dia ante el tribunal del Altísimo á escuchar de sus labios una sentencia de eterna vida ó de eterna muerte. Para aquellos que hayan vivido mal llegó la hora fatal, el momento terrible en que sin apelacion ni esperanza alguna van á ser infelices por siempre. Los tormentos, el llanto y desesperacion van á acompañarlos por toda la eternidad. ¡O momento digno de que jamas te apartemos de nuestra memoria! ¡O instante que tú solo bien meditado debes hacernos santos! ¡Qué sentencia queremos obtener, la favorable ó la adversa? Ninguno será tan insensato que elija la segunda; pues bien, para conseguir la primera es necesario que nos juzguemos ahora para no ser juzgados entónces, es decir, entrémos en cuenta con nosotros mismos, examinemos con imparcialidad nuestra conducta para ver lo malo que háyamos hecho, y lo bueno que háyamos dejado de hacer, con objeto de procurar por todos los medios posibles no volver á practicar aquello y ejercitarlos en esto. Pero ¿cómo podremos juzgarnos si no nos conocemos?... ¡Queremos conocernos! Pues registremos en lo interior; pero esta inquisicion la hemos de hacer despojándonos, primeramente, y esto es lo difícil sin la ayuda de la gracia, de los objetos seductores que nos rodean, y abstrayéndonos absolutamente de las pasiones que nos dominan. El mayor interes ó preocupacion que se atravesase debe dejarse á un lado, porque es preciso persuadirse

de que no tenemos mas relacion con las cosas de este mundo que la que tiene el desterrado con las de las ciudades y pueblos por donde pasa. Nosotros podemos decir á ejemplo de Jesu Christo que no somos de este mundo, pues siendo aliento del mismo Dios, somos otra cosa de aquel. El universo todo, aunque tan hermoso y dilatado no tiene cosa que pueda igualárenos. Todas las ciencias y las leyes dimanadas de nuestra razon anuncian y declaran nuestros derechos sobre lo presente, lo pasado y lo futuro. En vano esa sucesion de instantes que llamamos tiempo intentará imprimirnos sus vestigios. En medio de la destruccion de todas las criaturas que á cada instante se marchitan, conocemos nuestra inmortalidad. No se han hecho para nosotros ni los meses, ni los años, ni los siglos, hemos de ser superiores á todos ellos. Las generaciones se envejecen, todo corre presuroso á volver á la nada de donde salió; pero lo mas noble de nosotros, nuestra alma formada para Dios, no teme aniquilarse: ella no es Dios, porque tuvo principio y depende de él en el criarse y conservarse; pero es su semejanza porque no tendrá fin. Desplómese en buena hora la naturaleza, redúzcase á ceniza nuestro cuerpo, vaporícese todo, nada le importa á esta inteligencia incapaz de disolverse.

Estas sí que son verdades de una y sublime y santa filosofia. Si, y á pesar de las pasiones que nos asechan, y de los placeres que nos seducen, no dejamos de conocer de cuando en cuando la excelencia de nuestro ser y de nuestro fin. Por útiles y agradables que sean todos los conocimientos científicos, al fin recaen sobre cosas temporales y afectos meramente terrestres. El conocimiento de sí mismo nos proporciona objetos mucho mas admirables. Colocados entre el Criador y las criaturas, no vemos sobre nosotros sino al Ser Supremo, y debajo de nosotros no vemos sino cosas perecederas; así es que naturalmente debemos volvernos á nuestro Hacedor, y dejar las criaturas. Es hacernos violencia el poner el corazon en otra parte. Y no es de extrañar esto; pues Dios no nos formó sino con el designio de conocerle y amarle; quiere y desea con ansia nos unamos á él, le hablemos y le pidamos; y si alguna vez no otorga ni responde, es en castigo de habernos adherido demasiado á las criaturas.

Observando el órden establecido de la caridad, adquirimos una ciencia que ignoran las pasiones y sentidos. Si procuráramos conocernos, aprenderíamos á cuanto se extienden nuestras obligaciones,

y halláramos por fin el medio de fijar una felicidad temporal, noviciado de la eterna que nos está prometida, que no han podido ni podrán jamas determinar los esfuerzos de la filosofia humana. Yo no comprendo por qué las mas personas, aun cristianas, prefieren el estudio de cualquiera ciencia ó arte al de conocerse. ¿Será acaso porque se teme descubrir faltas que no se perciban? Pero qué, ¿no hay medios con que remediarlas? Cuando el hombre se conoce los encuentra bastante eficaces. Es superior sin duda alguna el conocimiento de sí mismo á cualquiera otro conocimiento; pues su preeminencia hizo que tantos hombres venerables se desterrasen de la comun sociedad, y no conociesen otra que la que formaban en su interior. Sabios, mucho mas superiores que los del siglo, se abrieron escuelas en medio de las rocas, no teniendo otro libro que el firmamento que publica las glorias del Señor, ni otra medida del tiempo que la aparente carrera del sol, imagen de aquel en el mundo criado.

Efectivamente, no se halla por lo comun en los conocimientos humanos sino pensamientos que apocan nuestro espíritu ó lo deshonran. No nos aplican sino á vanidades y á errores. Pero ¿no es verdad que cuando el espíritu se entrega á sus propias reflexiones, protesta y con razon contra semejantes puerilidades? Si alguna vez disculpa á los que se entregan á ellas, no por eso deja de sentir á los hombres que se emplean en su estudio. ¿Cuán en vano lo que el mundo llama sabiduría, va á zumbiar al oido del hombre que se emplea en conocerse! Aunque haya aprendido á considerarse como ciudadano del universo y como amigo de los hombres, no cree haya conocimiento mas importante que este; así es que deja á sus vecinos el cuidado de discurrir sobre los acacimientos triviales que suceden cada dia, y se deja para sí la ventaja y gloria de meditar sobre los puntos fijos de la eternidad y de lo infinito. De este modo adquiere el cristiano un conocimiento mas sublime y mas provechoso. El verdaderamente sabio, que lo es el cristiano, vuela á gozar de estas riquezas: todo lo demas es frívola diversion. Dichoso el que forma de su corazon una lámina, y cincela dentro de sí mismo verdaderas virtudes, en vez de tener pintadas en cuadros y paredes imágenes de ellas.

El que se abandona á los sentidos, desciende de lo mas alto de las estrellas á lo mas bajo de la tierra: el espíritu, disipándose en ellos, siempre pierde algo de su energía. Hemos sido criados para conocernos: "Señor, conózcame á mí, y conózcate á tí," dice

San Agustín, tanto, que sin embargo de nuestra disipación, nos sucede de cuando en cuando envidiar la suerte de los que viven en soledad y se conocen. Los campos dilatados nos inspiran por lo común el designio de vivir en ellos; una triste choza llama nuestra atención aun en el mismo punto que advertimos su pobreza. Amamos estos lugares, porque nos parece que en ellos se halla la verdadera felicidad; prueba infalible de que sin querer buscamos desasirnos de nuestras pasiones y sentidos, cuyo imperio es más fuerte y tirano en medio del mundo.

Hay más, el conocimiento de nosotros mismos nos anticipa aquel feliz instante, en el que léjos del mundo y de sus frivolidades, contempláremos al Ser por excelencia, al Dios Trino y Uno. El conocimiento de sí mismo nos da á entender lo vil de nuestro cuerpo y la dignidad de nuestra alma; eleva á la una á su centro, que es la divinidad, y deja al otro en su bajeza, en las tinieblas, y en la corrupción. *A la padre, dije: tu eres mi padre; y á los gusanos: vosotros sois mi madre y mis hermanos*, dice Job. El descubrimiento más dichoso es el de nuestro corazón. Este laberinto inexplicable para el mayor número de los hombres, se manifiesta á proporción de lo que cada uno se conoce: se descubren todas sus salidas, todas sus sinuosidades. El hombre entónces es bastante grande para calcular sus inclinaciones, descubrir sus humores y sondear sus deseos. ¡Oh! ¡cuán provechosos serían á la sociedad unos hombres que ante todas cosas tratasen de conocerse á sí mismos! Entónces se encontraría la felicidad en todos los pueblos: entónces veríamos nuestra confusión y vergüenza, pues hemos obrado al revés de como debíamos, ensobreciéndonos en lugar de humillarnos; creyendo éramos algo, no siendo sino nada; siguiendo placeres y regalos para un cuerpo que es indigno de ellos, pues que siempre trata de usurparse el dominio que exclusivamente pertenece á la razón: entónces, poniendo los ojos de nuestro conocimiento en los piés de la arrogante estátua de nuestra soberbia, nos humillaríamos para fabricar con más solidez el grande edificio de nuestra justificación; pues cuanto más alto ha de ser el edificio, tanto más hondo ha de ser el cimiento, dice San Agustín: entónces, á pesar de conocer la dignidad de nuestra alma, por ser un vivo retrato del Altísimo, reflexionaríamos en la humillación y abatimiento en que se halla presa en la sucia é inmundicia cárcel de nuestro cuerpo: entónces, por último, nos convertiríamos á Dios, quien juez inexorable en el último de

los días, ó nos ha de llamar á sí, ó nos ha de arrojar de sí. ¡Felices si conseguimos lo primero; desgraciados si nos toca lo segundo!

—————
 <—•••••—>
 SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

El segundo Domingo de adviento parece consagrado todo á celebrar la primera venida del Salvador, disponiéndonos para la solemnidad de su nacimiento.

El Introito de la misa de este día es del capítulo XXX de Isaías: "Pueblo de Sion, le dice el profeta, he aquí que el Señor vendrá á salvar á las naciones y hará oída la gloria de su voz en la alegría de vuestro corazón." Como al pueblo de Israel fué á quien se prometió el Mesías, el profeta le anuncia su venida: esta sin embargo fué para salvar todas las naciones, y así lo expresa Isaías, pues la salud que repugnó al pueblo escogido se anunció y se dió á los gentiles. Una nueva de tanto consuelo, digna era de anunciarse á todo el mundo, y debía producir en todos los corazones el gozo más exquisito; ya porque el Señor que había callado por tantos siglos con respecto á las naciones; iba á hacerles oír su voz, y ya porque esta era una voz de salvación para todos los hombres; así es que las últimas expresiones podemos verirlas de modo que hagan éste sentido: "Y hará que vuestros corazones perciban su voz y se regocijen con ella."

La epístola de la misa de este día se ha tomado de la carta de S. Pablo á los romanos, á los cuales dice que todo lo que está escrito se ha escrito para nuestra instrucción: para que por medio de la paciencia y del consuelo que se halla en leer las Santas Escrituras, conservemos una firme esperanza de que hemos de ver verificado todo lo que se nos ha prometido. Acordaos, dice, de las promesas que hizo Dios á los patriarcas y á los profetas: acordaos que está escrito: el Señor tu Dios levantará en medio de tí un profeta de tu nación y de entre tus hermanos; á este has de oír con preferencia á cualquiera otro. Moisés, inspirado de Dios, habla así al pueblo, y le predice al Mesías, el cual debía ser el autor y el principio de su felicidad, despues de haber sido el objeto de sus deseos y de sus suspiros. No debéis turbaros, añade el profeta, de que no haya entre vosotros personas que os descubran las cosas futuras y desconoci-

das; Dios suplirá con mucha ventaja esta falta de adivinos y agoreros con un profeta que levantará de entre vosotros, el cual os manifestará sus voluntades: no tendreis necesidad de ir á buscar entre las naciones extranjeras quien os instruya; Dios os dará un profeta de vuestra nacion y pais, el cual tendrá mas conocimiento que yo: os enseñará el verdadero camino de la salvacion y las sendas que conducen derechamente á la vida.

Es constante que el profeta de quien habla aquí Moises, no es otro que el Mesías prometido. Los mismos judíos del tiempo de Jesucristo estaban persuadidos á que Moises hablaba del Mesías en este pasaje. Los apóstoles suponían este conocimiento como universal y común en el pueblo: así es que San Pedro, en aquel primer sermón que hizo en el templo después de la curación del tullido, no tuvo reparo en afirmar, que por fin se veía en la persona de Jesucristo el cumplimiento de la promesa que les hizo Moises, de que Dios levantaría de entre sus hermanos un profeta como él. San Estévan aplicó el mismo pasaje á la persona de Jesucristo. El Apóstol San Felipe dijo á Natanael, que había hallado al Profeta de que habla Moises en el Libro de la ley: en fin, el mismo pueblo judío, habiendo visto la multiplicación milagrosa de los cinco panes, no dudó que Jesucristo fuese el gran Profeta prometido por Moises.

“En los últimos tiempos, dice Isaías, el monte de la Casa del Señor estará fundado sobre lo alto de los montes, y se levantará sobre los collados, y vendrán á él todas las naciones. El nos enseñará sus caminos, y nosotros caminaremos por sus sendas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra del Señor.” En efecto, la ley nueva salió de Sion; el Evangelio, y el cristianismo, tuvieron su nacimiento en la Sinagoga; Jesucristo no predicó sino en la Judea; no vino para destruir la ley, sino para cumplirla y perfeccionarla. Hijos de Sion, exclamaba el profeta Joel, alegraos y regocijaos en el Señor vuestro Dios, porque os dará un maestro que os enseñará la justicia. ¿Para qué os cansamos? En otros cien pasajes de la Escritura se ve el verdadero retrato de Jesucristo en las profecías; y esto es lo que hizo decir á la Virgen Santísima: “El pueblo de Israel ha visto el cumplimiento de la promesa dicha á nuestros padres, á Abraham y á toda su descendencia, en el Verbo que se ha encarnado en mi seno.” Refiriéndose, pues, el Apóstol San Pablo á estos pasajes de la Escritura, dice á los romanos, que cuanto está escrito, se ha escrito para nuestra instrucción; y que si el

ministerio de Jesucristo miraba con especialidad al pueblo circuncidado, esto es, si el Salvador quiso nacer de la rama de David y en medio de los judíos: si se dignó sujetarse á la ley de circuncisión para ser de su pueblo: si les predicó él mismo personalmente, como no lo hizo con los gentiles: si obró milagros á su vista, y obró asimismo la salvación del mundo en medio de su tierra; todo esto se hizo para cumplir las profecías y verificar las promesas que Dios les había hecho; privilegio que no lograron los gentiles, aunque fueron comprendidos en el beneficio de la redención, y aunque Dios les anunció su vocación y conversión en un gran número de pasajes de los profetas, á los cuales se refiere San Pablo en la Epístola de la misa de este día. Así el santo Apóstol, manifestando en esta Epístola las prerogativas de que gozaron los hebreos, no omite las misericordias de que usó Dios con los gentiles, y de las cuales habían hablado tan repetidas veces los profetas. La raíz de Jesé aparecerá, y el que saldrá de ella, dice Isaías, para ser el Maestro de las naciones, es aquel en quien todas las gentes pondrán su esperanza. Fácil es conocer cuán bien conviene esta Epístola á la presente Dominica, consagrada particularmente á celebrar el cumplimiento de las promesas que Dios había hecho, no solo á los judíos, sino también á todas las naciones del mundo, cuando dijo á Abraham que todas las naciones del mundo serían benditas en el descendiente que le prometía.

El Evangelio de este día corresponde cabalmente al designio que tiene la Iglesia en este santo tiempo, de disponernos para celebrar dignamente la venida del Salvador al mundo, pues en él se ve el testimonio que dió del Mesías su santo precursor. San Juan, lleno del Espíritu Santo, desde el vientre de su madre, y criado en el desierto, se fortificó en él mucho mas en el espíritu que en el cuerpo, y saliendo en fin de su soledad, se presentó ante el pueblo de Israel á los treinta y un años de edad, á los treinta de la de Jesucristo, y á los quince del imperio de Tiberio César. El era aquella voz poderosa, que según Isaías, debía sonar en el desierto y enseñar á los pueblos cómo se habían de disponer para recibir al Mesías que ya estaba entre ellos. Anuncióles el reino de Dios, y declaró contra los vicios que reinaban en el pueblo y en la corte, sin dejar de corregir á los grandes y al rey mismo. Era este Herodes Antipa, el cual vivía escandalosamente con Herodias, muger de su hermano Filipo. San Juan, á quien Herodes miraba con respeto, no pudiendo verle

con indiferencia en un adulterio tan escandaloso, le echó en cara su delito. Irritada Herodias del zelo del hombre de Dios, obligó á Herodes á que le hiciera poner en la cárcel. Mientras el santo precursor estaba en la prision, el Salvador llenaba toda la Judea de sus maravillas: acababa de curar en Cafarnaum al criado del centurion; y de resucitar al hijo de la viuda de Nain. La fama de tantos prodigios, y la reputacion del que los obraba, llegaron á oídos de San Juan, y queriendo que sus discípulos conocieran el mérito y las cualidades del Hombre Dios de quien era precursor, le envió dos de sus discípulos, los mas distinguidos para hacerle en su nombre, y en el de todos esta pregunta: "¿Eres tú el que ha de venir, ó debemos aguardar á alguno otro?"

No ignoraba San Juan que Jesucristo era el Salvador del mundo; pero dió este paso para que sus discípulos le conociesen, y formasen de él, de su doctrina y de sus obras maravillosas, el concepto de que es capaz el hombre. El Salvador, pues, oída la pregunta, no les respondió sino con la voz de los milagros: dió vista á muchos ciegos en su presencia, curó á muchos enfermos, y libró muchos endemoniados: despues de lo cual les dijo: "Id y decid á Juan lo que habeis visto y oído: decidle que á mi voz los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres evangelizan: y es bienaventurado, añadió, el que no se escandalizare en mí, esto es, dichoso aquel que permanezca firme en la fé; aunque me vea perseguido, y que en medio de mis afrentas y tormentos, nada pierda de la estimacion y amor que me tenia."

Habiendo despachado el Salvador á los dos discípulos de San Juan, comenzó á alabar á este, diciendo á los que estaban cerca: "Quando fuisteis á ver á Juan en el desierto, ¿á quién pensais haber visto? ¿Acaso á un hombre ligero é inconstante, como una caña agitada de los vientos? ¿Acaso á un hombre sensual, delicado, pomposo en su vestido y criado en el regalo? No es el desierto, sino la corte en que reina la vida regalada y la profusion, quien produce esta especie de gentes. ¿Quién es pues este hombre á quien habeis ido á ver? Acaso me diréis, es un profeta; pero yo os digo que es mas que profeta: es aquel ángel, de quien hablando el Señor al Mesías, dice en la Escritura: "He aquí á mi ángel, he aquí á tu precursor: este es aquel que yo envió delante de tí para allanarte los caminos." Estas palabras que el Salvador cita, son del profeta Ma-

laquías al capítulo III, el cual es todo de la venida del Mesías. En cuanto á su sentido, algunos antiguos creyeron que el profeta anunciaba un ángel verdadero, y que San Juan era un ángel encarnado. San Cirilo Alejandrino, refutando este error, dice, que se habia extendido aun desde el tiempo de los apóstoles, y que por eso S. Juan Evangelista dice al principio de su Evangelio: que un hombre llamado Juan, fué enviado por Dios. Pero el verdadero sentido de las palabras del profeta, segun todos los Santos Padres, es que Juan Bautista era un ángel, no por naturaleza, sino por su oficio de precursor, y por la inocencia de su vida y costumbres.

La Epistola es del capítulo XV de la del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: Todas las cosas que han sido escritas, para nuestra enseñanza se han escrito, á fin de que, mediante la paciencia y el consuelo de las Escrituras, mantengamos la esperanza. Quiera el Dios de la paciencia y de la consolacion haceros la gracia de estar siempre unidos mutuamente en sentimientos y afectos segun Jesucristo: á fin de que no temiendo sino un mismo corazon y una misma boca, glorifiquéis unánimes á Dios, el Padre nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, soportaos recíprocamente, así como Cristo os ha soportado á vosotros para gloria de Dios. Digo, pues, que Jesucristo fué ministro para con los de la circuncision, á fin de que fuese reconocida la veracidad de Dios en el cumplimiento de las promesas que él habia hecho á los padres. Mas los gentiles deben alabar á Dios por su misericordia, segun está escrito. Por eso publicaré, ó Señor, entre las naciones tus alabanzas, y cantaré á la gloria de tu nombre. Y en otro lugar: Alegraos, ó naciones, en compañía de su pueblo. Y en otra parte: Alabad todas las gentes al Señor, y ensalzadle los pueblos todos. Asimismo, dice Isaías, de la stirpe de Jesé nacerá aquel que ha de gobernar las naciones, y las naciones esperarán en él. El Dios de la esperanza os colme de toda suerte de gozo y de paz en vuestra creencia, para que crezca vuestra esperanza siempre mas y mas por la virtud del Espíritu Santo.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo.

En aquel tiempo: Habiendo oído Juan en la prision las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos á preguntarle: ¿Eres tú el que ha de venir, ó debemos esperar á otro? A lo que Jesus les respon-

dió: Id, y contad á Juan lo que habeis visto y oído. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el Evangelio á los pobres; y bien-aventurado aquel que no tomará de mí ocasion de escándalo. Luego que se fueron estos, empezó Jesus á hablar de Juan, y dijo al pueblo: ¿Qué es lo que salisteis á ver en el desierto? ¿Alguna caña que á todo viento se mueve? Decidme si no; ¿qué salisteis á ver? ¿A un hombre vestido con lujo y afeminación? ¿Y sabeis que los que visten así, en palacios de reyes están? En fin, ¿qué salisteis á ver? ¿Algun profeta? Eso sí, yo os lo aseguro, y aun mucho mas que profeta. Pues él es de quien está escrito: Mira que yo envío mi ángel ante tu presencia, el cual irá delante de tí disponiéndote el camino.

MEDITACION.

Sobre el acuerdo que deben tener nuestras obras con nuestra fé.

Considera que el desagradar á Dios por dar gusto á los hombres; omitir por temor de los males el bien que se puede y debe hacer; creer en Jesucristo, y avergonzarse de su Evangelio, y disimular la fé cuando se presenta la ocasion de profesarla, es mostrarse apóstata y desertor de la religion, siendo solo fiel en el nombre é infiel en el corazon. No, no se porta así un corazon sincero y una alma noble. San Juan en la prision oye las obras de Cristo, y envía á dos de sus discipulos á preguntar al Señor si era él el que habia de venir, ó si habia de esperar á otro. ¿Y con qué fin hace esta pregunta? ¿Acaso como Herodes que deseaba saber si Cristo habia nacido para darle la muerte; ó como los sacerdotes y los fariseos que querian cerciorarse de su venida para no recibirlo y hacerle resistencia? No, ciertamente: San Juan sabia muy bien que Jesucristo era el Mesias verdadero; la pregunta que le hace no era para salir de alguna duda: ella llevaba todo el carácter de una protestacion pública y solemne de la fé con que lo reconocia por su Dios y Señor, por su Rey soberano, por su Maestro, por su Redentor, y llevaba tambien el fin de que sus discipulos le conociesen, se le adhiriesen y le rindiesen sus homenajes. Así se porta un corazon recto, una alma generosa y libre de toda simulacion é hipocresia; pero nosotros queremos mas imitar al despiadado Herodes ó al falso fariseo, que al sincero y recto Juan Bautista.

Considera que no basta para salvarse tener la fé en el corazon: es necesario tambien tenerla en la lengua, y declararse discípulo de Jesucristo; pero tampoco basta ser cristiano de lengua; es necesario serlo de corazon; y es preciso tambien que las acciones ó obras declaren la fé que tiene nuestro corazon. Creer lo que cree un cristiano y vivir como un gentil, es hacerse dos veces culpado, es pecar contra el Espíritu Santo, es proceder contra sus propias luces, es esconder el talento que se ha recibido de Dios, es querer asociar la verdad con la injusticia, formarse cada uno su causa y pronunciar contra sí mismo la sentencia. ¡Oh Jesus Salvador mio! ¡Cuánto me desemeja de vos mi monstruosa conducta! ¡Qué aspecto tan horroroso presento yo en el mundo! No se sabe si soy cristiano ó si soy pagano; os adoro en la prosperidad, y os blasfemo en la adversidad; os confieso secretamente delante de los ángeles, y os niego públicamente delante de los hombres; venero vuestra ley, y me avergüenzo de observarla; el temor del *qué dirán* me hace renunciar todos los deberes de mi profesion, y temo mas el escarnio de los mundanos, que la ira del Dios de las venganzas. ¡Oh Dios, librame de mí mismo, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Quien teme al hombre pronto caerá, dice el Espíritu Santo; y quien quiere agradar á los hombres, no es siervo de Cristo. Sean, pues, estas dos reglas la norma de nuestra conducta: no temer á los hombres, no buscar su agrado. El Dios Omnipotente á quien servimos, es el único que puede sostenernos en toda clase de bienes, y librarnos de todo género de males. La salud de los hombres es vana, dice el Profeta. El Dios de bondad á quien servimos es el único acreedor á todo nuestro obsequio y al sacrificio de nuestra misma vida. El agrado de los hombres nada debe interesarnos. Ellos no pueden labrar su propia felicidad; ménos podrán la nuestra. Sea este pues nuestro sentir, y el objeto de nuestras peticiones el agrado divino.

JACULATORIA.

No seria vuestro siervo, ¡oh dulce Jesus! si tratase de agradar á los hombres.

LECCION.

El conocimiento de nosotros mismos nos conduce al conocimiento de Dios.

Aunque es de mucha utilidad para la vida humana el propio conocimiento, no es este su principal resultado: él nos lleva á otro mas alto, el que solo puede ser el objeto último y total de nuestros deseos. Si él nos enseña la inutilidad y la incapacidad de las cosas terrenas para entretenir nuestra alma y satisfacer nuestros corazones, igualmente nos manifiesta nuestra miseria y la grandeza del Ser infinito que nos ha criado. Arrojadnos en un costal de miserias, podredumbres y gusanos por algunos dias; desterrados en un rincón del universo; sujetos al error, á las preocupaciones y vanidades, no podemos ménos de ignorar nuestra dependencia y flaqueza. El hombre mas extenso en conocimientos y mas perspicaz lleva las señales de su imperfeccion que jamas podrá ocultar. Solo uniéndonos al Ser Supremo encontramos títulos de verdadera grandeza, que nos corresponden y que por lo mismo debemos estimar. Podemos vivir sin dependencia del cuerpo y de las criaturas todas, pero no sin relacion con Dios. Esta union que tienen por fantástica los hombres que piensan segun la carne y la sangre, es sin embargo, nos repite nuestra propia conciencia, la sabiduria eterna que se comunica á las criaturas en lo mas secreto de su corazón. Ella es una voz interior que sin necesidad de palabras se da á entender de un modo inteligible en lo mas profundo de nosotros mismos. A esta escuela interior conviene que el cristiano asista todos los dias; mas para percibir su voz es necesario olvidar al universo, á las pasiones, y lo que es mas, á nosotros mismos.

Por admirables y encantadores que sean á la vista de todos, los conocimientos de astronomía, geografía, marina, legislación y demas, el conocimiento del hombre es para el hombre mismo mucho mas eficaz y persuasivo; pues que él lo conduce mejor al conocimiento de su último fin. Sin duda que nuestra alma, la mejor parte de nosotros, sola ella, criatura inmortal, acá en el mundo, guarda mas proporcion con su Dios, que la que tienen con él las plantas que se marchitan y los astros que se eclipsan; mas nosotros apenas reflexionamos sobre esto, porque somos muy disipados y amantes de los objetos terrenos que nos impiden estar dentro de nosotros, y

fixar un poco la vista sobre el vacío de un mundo absolutamente material. ¡Cuántas veces, aun no queriendo servirnos de él sino como de un medio que nos condujese á Dios, le hemos amado como á nuestro último fin! Todo lo que hay en el universo es bueno; pero nuestras pasiones y nuestros sentidos despojan á las criaturas de su primitiva é inocente hermosura, y las revisten de un falso lucimiento de oropel que nos seduce: solo juzgamos de ellas segun nuestro gusto y fantasia; de aquí proviene aquella multitud de errores, en los que casi vemos inundado el mundo. Esto supuesto, ¿no es verdad que nos es mas fácil hallar á Dios en nosotros mismos que en la disipacion de las cosas exteriores? ¡Quién podrá conducirnos mejor á su conocimiento que el de nuestra miseria?

Fuera de esto, todos tenemos deseos insaciables de mirarnos al Soberano bien: todos los buscamos; aun los mas relajados, en medio de sus placeres delincentes, se agitan por conseguirlo; su mal está en que no eligen los medios que los aproximan á él, sino los que los apartan. ¿Será posible que un bien tan constantemente deseado, y tan universalmente inquirido, sea de tan pocos logrado? ¿De qué nos servirán nuestra inteligencia, nuestro amor, y nuestras riquezas si no sentimos dentro de nosotros impresiones de un Dios á quien debemos todos nuestros homenajes, todos nuestros obsequios? Siempre que dirigimos el corazón á otra parte, encontramos un vacío espantoso dentro de nosotros. Nuestra existencia seria un mal terrible si no conociéramos que hay un bien por excelencia, que ha de valer infinitamente mas que todos los objetos terrestres en el instante en que nos separemos de ellos. Nuestros espíritus, no encontrando en las cosas que los rodean objetos que les satisfagan, se ven precisados á buscar otra cosa que llene su capacidad, y que con placeres sólidos sustituyan los deleites pasajeros que en vano buscan en las cosas creadas.

De este modo examinado y sondeado nuestro propio conocimiento, nos conduce al de Dios, y nos hace ver su intimidad con nosotros. ¿Qué bien puede resultar á una sustancia espiritual de los alimentos, sonidos, colores y demas percepciones, si no usa de estos objetos como de una ocasion para merecer otro fin y poner bien en práctica su libertad? Todos los justos que se han dedicado á conocer y tratar íntimamente con la Divinidad, nos han recomendado siempre como principio y fundamento de la vida espiritual el propio conocimiento, ya de la dignidad y prerogativas que disfrutamos; ya de las

miserias y flaquezas que sufrimos: las primeras nos dan á entender las grandezas del Dios á quien debemos amar; las segundas nos humillan ante su soberana presencia. Los hombres dedicados á la contemplacion de las cosas santas saben, y saben muy bien, que el silencio del recogimiento son como dos alas que nos balancean entre las pasiones y los sentidos, y remontándonos como el águila, nos conducen hasta el Ser increado. San Agustín no tuvo otro objeto en sus soliloquios, allá en sus sabias meditaciones, que llamar la alma hácia aquel que la formó.

Si la misma alma considera su cuerpo, al cual se halla unida por órden del Criador, conoce prontamente el poder que tiene sobre él de encoger sus nervios y de dilatar sus músculos. Tanta potencia bien meditado ha llenado siempre de admiracion á los grandes filósofos. Ella no se acuerda de que alguna vez le hayan enseñado las reglas de tal mecanismo; pero sabe muy bien que ella no es su autor, pues que ignora el cuándo, el cómo y el por qué: de aquí infiere precisamente que hay una fuerza superior que nos ha concedido la facultad de movernos solo con querer hacerlo. Todas las veces que nuestro corazón se comprime y se dilata, se deja ver una Sabiduría infinita que nos conserva, esto es, nos saca á cada instante de la nada á la que, como á su origen tienen propension todas las cosas. Al despertar cada día debemos vernos con asombro, como que acabamos de nacer de nuevo y entramos en un nuevo mundo. Entónces la impresion del Ser Eterno nos llena de una inefable ternura y de un eterno reconocimiento. El sello de la Divinidad grabado sobre nuestra alma, y palpable en todos nuestros movimientos no puede borrarse jamas. Es preciso despojarnos de nuestro conocimiento, de nuestro amor, y reducidos á solo carne y sangre para no conocer á Dios. No respiramos sino por su favor: no nos movemos sino por su poder. ¿Quién nos enseñó á amar naturalmente la virtud, á respetar el órden, y á detestar el mal, sino aquella luz indefectible que ilumina á todo hombre que viene á este mundo? Esta luz es la que en el retiro y meditaciones nos abre los ojos de cuando en cuando, nos desembaraza de nuestros propios sentidos y se comunica secretamente con nosotros. ¿Sin este conocimiento se hubieran reducido alguna vez los hombres en la comunión de una religion verdadera, y participacion de unos santos sacramentos? Todos los hombres en este culto exterior no hacen otra cosa sino manifestar lo que Dios obra en ellos interiormente.

El hombre siendo tan soberbio, se habria atrevido á estimarse por el soberano de todo el mundo, si no se hubiera visto precisado á confesar la dependencia que tiene de un Arbitro absoluto á cuyo imperio todo se hace y se disuelve, todo se ordena y desenlaza, la nada misma está pronta á sus órdenes. Despues de todas estas reflexiones es preciso salirse como fuera de sí, y considerar todo lo que nos ordena con relacion á nuestro Criador. Examinando al cielo y á la tierra como si acabasen de ser formados y presentados á nuestra vista, veriamos en ellos las obras de la Omnipotencia: encontraríamos en nosotros mismos respuestas que nos librarian de confundir al Criador con la criatura. Si contemplamos al sol que nos ilumina por el día, y á esos tantos soles que brillan por la noche, ¿cómo no admiraremos la hermosura de aquel que los ha creado y que derrama sobre nosotros día y noche tanto esplendor y magnificencia! ¿Sobre nosotros que no somos mas que polvo: unas cañas que no hemos de durar sino algunos días! Acá en la tierra trasforma su polvo y jugo en flores; en oro, en diamantes, zafiros y esmeraldas; allá en el cielo suspende con su mano invisible multitud innumerable de esferas luminosas. ¡Oh Dios verdaderamente grande! ¡Oh hermosura tan antigua y nueva para mí!



TERCER DOMINGO DE ADVIENTO, Y FIESTA DE LOS DESAGRARIOS.

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

No es ménos solemne en la Iglesia el tercer Domingo de Adviento que los dos precedentes. El Introito de su misa, es muy á propósito para excitar el zelo por la gloria de Dios y el propio aprovechamiento: alegraos en el Señor, nos dice el sacerdote al llegar al altar; otra vez os lo digo, alegraos, no con aquella alegría vana y tumultuosa que tiene su origen en los sentidos mas que en el corazón; sino con una alegría verdaderamente cristiana, humilde, modesta, pura, que teniendo á Dios por principio, es sólida, inalterable, llena el corazón y sacia el alma, sin abandonar jamas la modestia. Vean esta todos los hombres en vosotros, y descúbrense asimismo vuestra alegría, porque el Señor está cerca. Vos, Señor, continúa el sacerdote, habeis llenado de bendiciones vuestra heredad, y habeis puesto fin á la cautividad de Jacob, compadeciendos de nuestro pueblo, y oyendo sus votos.